

18. Exhibición Externa

Review and Herald, 18 de enero de 1906

Una triste característica de la experiencia de Salomón fue su suposición de que los edificios imponentes y el mobiliario magnífico dan carácter a la obra de Dios. Se esforzó por imitar y competir con el mundo.

Perdió de vista el principio fundamental que subyace a la influencia que el pueblo de Dios debe ejercer siempre: la obediencia a todo precepto de la Santa Escritura. El verdadero poder del pueblo de Dios no reside en los números, ni en la riqueza y prosperidad mundana que puedan exhibirse, sino en la adhesión inquebrantable a Su Palabra. La verdad, obedecida, se convierte en el poder de Dios para salvación.

Los Proyectos Ambiciosos de Salomón

Salomón se volvió ambicioso de sobresalir entre todas las demás naciones en poder y grandeza. Fue su deseo de alcanzar un mayor poder político lo que lo llevó a formar alianzas con naciones idólatras, y a sellar estas alianzas mediante matrimonios con princesas paganas.

En conformidad con las costumbres de las naciones circundantes, mantuvo una corte lujosa, que en muchos aspectos superaba en esplendor a las cortes de los gobernantes de otros reinos. Al lujo le siguió una extravagancia desenfrenada. Se dilapidaron vastas riquezas. Esto llevó a la imposición de un gravoso impuesto sobre el pueblo pobre.

«Grandes obras me hice» (Eclesiastés 2:4),

declara Salomón. Entre estas se encontraban:

«...Milo, y el muro de Jerusalén, y Hazor, y Meguido, y Gezer.» (1 Reyes 9:15)

«Y edificó a Tadmor en el desierto, y todas las ciudades de provisiones que él edificó en Hamat.» (2 Crónicas 8:4)

«Edificó también Bet-horón la de arriba, y Bet-horón la de abajo, ciudades fortificadas, con muros, puertas y barras;» (2 Crónicas 8:5)

«Y Baalat, y todas las ciudades de provisiones que Salomón tenía, y todas las ciudades de carros, y las ciudades de gente de a caballo, y todo lo que Salomón deseó edificar en Jerusalén, y en el Líbano, y en toda la tierra de su dominio.» (2 Crónicas 8:6)

Tan absorto estaba Salomón en pensamientos de vanidad, que la perfección y belleza de carácter fueron pasadas por alto en su intento de superar a otras naciones en exhibición externa. Vendió su honor y su integridad al buscar glorificarse a sí mismo ante el mundo, y finalmente se convirtió en un déspota. El poder y las riquezas obtenidos a costa del sacrificio de principios rectos, resultaron para él una terrible maldición.

La Humildad de Jesús

¡Cuán sorprendente es el contraste entre el ambicioso deseo de Salomón de exaltarse a sí mismo, y la vida que el Hijo de Dios vivió en esta tierra! El Salvador de la humanidad nació de humilde linaje en un mundo pecaminoso y malvado. Fue criado en la oscuridad en Nazaret, una pequeña ciudad de Galilea.

Comenzó Su obra en pobreza y sin rango mundano. No buscó la admiración ni el aplauso del mundo. Moró entre los humildes. Aparentemente, era simplemente un hombre humilde, con pocos amigos.

Así, Dios introdujo el evangelio de una manera completamente diferente a la forma en que muchos consideran sabio proclamar el mismo evangelio en esta era. Al comienzo mismo de la dispensación del evangelio, enseñó a Su iglesia a depender, no del rango y el esplendor mundanos, sino del poder de la fe y la obediencia.

«El reino de Dios no viene con ostentación externa.» (Lucas 17:20)

El evangelio de la gracia de Dios, con su espíritu de *auto-abnegación*, nunca puede estar en armonía con el espíritu del mundo. Los dos principios son antagónicos.

«Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.» (1 Corintios 2:14)

No es la magnitud o la grandiosidad de un edificio lo que impresiona los corazones, sino los principios de rectitud, de justicia y equidad, practicados en su interior.

Nuestras instituciones darán carácter a la obra de Dios precisamente según la devoción consagrada de los obreros, revelando el poder de la gracia de Cristo para transformar la vida. Nunca debemos depender del reconocimiento y rango mundanos. Nunca, al establecer instituciones, debemos intentar competir con las instituciones mundanas en tamaño o esplendor.

Obtendremos la victoria, no erigiendo edificios masivos en rivalidad con nuestros enemigos, sino cultivando un espíritu manso y humilde, semejante al de Cristo. Debemos distinguirnos del mundo porque Dios ha puesto Su sello sobre nosotros, porque Él manifiesta en nosotros Su propio carácter de amor. Nuestro Redentor nos cubre con Su justicia.

La Prosperidad Confundida con el Favor de Dios

A medida que Salomón continuaba conformándose a las costumbres del mundo, su orgullo aumentó considerablemente. Y la prosperidad mundana que acompañó su apostasía, fue considerada por él como una señal del favor de Dios. Tan plenamente se había entregado a las malas influencias, que su discernimiento espiritual estaba casi destruido. No podía ver las terribles pérdidas que la nación sufrió espiritualmente porque introdujo en el reino una abundancia del oro de Ofir y la plata de Tarsis.

Hoy existe el mismo peligro de confundir la prosperidad con el favor del cielo. La prosperidad que a menudo, por un tiempo, acompaña a aquellos que se apartan de un claro «*Así dice Jehová*» para seguir un camino de su propia elección, no es una seguridad de aprobación divina. Muchos hombres pueden interpretarlo así, pero no es señal de que la mano prosperadora de Dios esté con ellos.

Que todos aprendan una lección de la experiencia de Salomón. A pesar de su violación de un claro «*Así dice Jehová*», las riquezas y el honor mundano se

derramaron sobre él, y aparentemente fue grandemente bendecido. Esto está en armonía con la declaración de Job de que los impíos pasan sus días en prosperidad:

«Prosperan las tiendas de los ladrones, y los que provocan a Dios viven seguros; a quienes Dios trae abundancia en sus manos.» (Job 12:6)

Y el salmista testifica:

«En cuanto a mí, mis pies estuvieron a punto de tropezar; mis pasos casi resbalaron.» (Salmos 73:2)

«Porque tuve envidia de los arrogantes, viendo la prosperidad de los impíos.» (Salmos 73:3)

«El orgullo es como un collar en su cuello; la violencia los cubre como un manto.» (Salmos 73:6)

«Sus ojos rebosan de gordura; tienen más de lo que su corazón desearía.» (Salmos 73:7)

«Se mofan, y en maldad pronuncian opresión; hablan con altivez.» (Salmos 73:8)

Como Salomón, aquellos que estiman su propia sabiduría por encima de la sabiduría del Señor ciertamente sentirán el triste resultado de su camino. Por un tiempo pueden parecer prosperados, pero su obra no permanecerá.

El Señor les permitirá pasar por experiencias amargas, para que tengan la oportunidad de aprender que la verdadera prosperidad no proviene de la exhibición externa, sino solo de la conformidad con Su voluntad y propósito.

El Único Camino Correcto

El camino de Dios es siempre el camino correcto y prudente. Siempre trae honor a Su nombre. La única seguridad del hombre contra movimientos imprudentes y ambiciosos es mantener el corazón en armonía con Cristo Jesús. La sabiduría del hombre no es digna de confianza. El hombre es voluble, lleno de autoestima, orgullo y egoísmo.

Que los obreros en el servicio de Dios confíen plenamente en el Señor. Entonces revelarán que están dispuestos a ser guiados, no por la sabiduría

humana, que es tan inútil como un junco roto en el que apoyarse, sino por la sabiduría del Señor, quien ha dicho:

«Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.» (Santiago 1:5)

«Pero pida con fe, no dudando nada.» (Santiago 1:6)

Amigo cristiano, mantén tu religión pura e inmaculada. Los intereses mundanos pueden tentarte a ceder tus principios, pero:

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Marcos 8:36)

La grandeza mundana no es equivalente a la integridad, la honestidad, un corazón puro y un propósito noble e inquebrantable de hacer el bien. Incluso Salomón, en toda su gloria, no estaba ataviado como aquel que posee el adorno de un espíritu manso y apacible, intocado por el oropel y la ostentación del mundo.